

Eucaristía

de Matias Alarcón

alarconmatias@gmail.com

+ 54 9 11 5963 7908

Escena I

Sótano cavernoso de una iglesia medieval. Paredes húmedas, olor a encierro y cera rancia. El cardenal Bevilaqua, con una sotana de fraile sucia, susurra como un mantra un párrafo del Malleus Maleficarum apoyado en un atril. En un rincón, Bartolo —jorobado, tosco y deforme— se masturba de espaldas. En el centro, atado al potro vertical de tortura, Nazareno el Bello: novicio de rostro sereno, barbas suaves y una luz que lo asemeja a Jesucristo, está desmayado. El cardenal termina su oración, cierra el libro de golpe. Bartolo se sobresalta, pero continúa con su labor masturbatoria.

Cardenal Bevilaqua —*mira al vacío con aires de grandeza*— Bien... es momento de continuar con mi sagrada e incansable labor de purificación. Que todo el mundo lo sepa: mientras el Cardenal Bevilaqua respire, no quedará un solo rincón de este pueblo que no sea extirpado de su rancia y pútrida herejía. Soy el látigo de Dios, y mi nombre es la última palabra que los pecadores escuchan antes del silencio eterno. (Sin mirarlo, con desprecio habitual) Pequeño Bartolo, dime... ¿qué sigue?

Bartolo no responde. Sigue en lo suyo. El cardenal, recién ahora, repara en lo que está haciendo.

Cardenal Bevilaqua —¡Hijo del demonio! ¿Acaso te estás... masturbando?

Bartolo se gira asustado, se apichona contra la pared ocultando la mano derecha. Emite un gruñido agudo, porcino.

Cardenal Bevilaqua —La mano, Bartolo. Muéstrame la mano.

Bartolo niega rápido, desesperado.

Cardenal Bevilaqua —¡Muéstrame esa mano deforme!

Bartolo baja la cabeza y extiende lentamente la mano derecha. El cardenal saca una fusta y lo golpea mientras recita algo en latín, solemne y ridículo a la vez.

Cardenal Bevilaqua —¡Dominus flagellatus ridiculum est, Bartolus peccatorum maximus!

Bartolo lanza un alarido de dolor exagerado.

Bartolo —*con una voz chillona*— Bevilaquaaaaaaa...

Cardenal Bevilaqua —Deja esa labor del diablo maldita abominación de la naturaleza, y dime, ¿qué sigue?

Bartolo — Si, amo...

Bartolo saca de su bolsillo un cuaderno viejo y lee.

Bartolo —El acusado, Nazareno el Bello, olió un flor con gozo.

Cardenal Bevilaqua —*gritando furioso* — ¡Hereje! ¡Despiértalo!

Bartolo le tira agua en la cara a Nazareno. Este se despierta.

Nazareno —¡Oh! Dulce néctar de dios, que frescura revitalizante.

Cardenal Bevilaqua —¡Calla, pecador!

Nazareno —Cardenal Bevilaqua, ¿Ya no fue suficiente?, ¿de que más se me acusa?

Bartolo le huele el cuello con exageración.

Bartolo —Oliste un flor.

Nazareno —¿Acaso es pecado oler una flor? ¿Una flor creada por dios?

Cardenal Bevilaqua —Nuestro señor, Jesucristo, jamás olió una flor.

Nazareno —¿Y tu cómo sabes eso?

Cardenal Bevilaqua —Porque no está en la Biblia.

Nazareno —¿En serio lo dices?

Cardenal Bevilaqua —*dando una orden* —¡Bartolo! ¡Estira!

Bartolo da vuelta una manivela, los brazos del nazareno de aflojan.

Cardenal Bevilaqua —¡Para el otro lado, bestia!

Bartolo —*mientras da vueltas al manivela para el otro lado* —Si, amo...

Nazareno —¡Oh! Siento la liberación de todas mis tensiones, que placer inconmensurable.

Cardenal Bevilaqua —¿Acaso disfrutas el dolor, pecador?

Nazareno —Yo encuentro placer allí donde tu ves una herejía, maldito inquisidor. No tienes nada contra mi, Bevilaqua.

Bartolo —*con una voz chillona* —Bevilaquaaaaaaa...

Cardenal Bevilaqua —Tenemos una lista interminable de tus ofensas, y serán purificadas como estipula el *Malleus Maleficarum*.

Nazareno —¿Pero ese oscuro libro no es para cazar brujas?

Cardenal Bevilaqua —Así es.

Nazareno —¿Entonces?

Cardenal Bevilaqua —Me gustan los dibujitos. Bartolo, ¿que sigue?

Bartolo —*lee el cuaderno* —Nazareno el Bello, rio de una humorada que le hizo el herrero.

Bartolo se acerca a Nazareno y comienza a hacer carcajadas cortas y agudas en su oído.

Cardenal Bevilaqua —*le pega con la fusta* —¡Basta, Bartolo!

Bartolo —*con una voz chillona* —Bevilaquaaaaaaa...

Nazareno —¿Acaso reír es pecado?

Cardenal Bevilaqua —Nuestro señor Jesucristo, jamás río.

Nazareno —No todo lo que omite la Biblia está prohibido, nunca dice que Jesús se rasco la entrepierna, y no por eso tiene que estar prohibido. Me imagino que en algún momento de sus treinta y tres años de vida, le habrá picado sus santos genitales y se lo habrá rascado. Hasta habrá olido sus manos después de hacerlo.

El cardenal se acerca por detrás, le levanta la cabeza con la fusta. Bartolo se acerca igual.

Cardenal Bevilaqua —Eres excremento, Nazareno, tus blasfemias van mas allá de lo imaginable. Para que sepas, el placer, en todas sus formas, está prohibido, maldito pecador.

Bartolo —*mientras le lame la cara a Nazareno* —Placeeeeeer.

Nazareno —Su bestia de carga me esta lamiendo.

Cardenal Bevilaqua —¡Basta, Bartolo!

Bartolo le ladra y se apichona en un rincón.

Cardenal Bevilaqua —Jesucristo jamás sintió placer, por ende está prohibido. Jesús dijo claramente "Yo soy el camino", así que si queremos llegar a Dios, tenemos que vivir igual que él.

Nazareno —Lo que dices no tiene sentido, Jesús era un ser humano y como tal sentía placer y dolor como todos.

Cardenal Bevilaqua —¡Blasfemia! ¡Oh satanás! ¡Blasfemia! Necesito purificar mis oídos antes de proseguir. Bartolo, cuida a este hereje, mientras voy a bañar mi cabeza con agua y fuego.

Bartolo —Si, amo.

El cardenal sale. Bartolo rodea a Nazareno, lo huele como lo haría un perro.

Bartolo —Herejiaaaa...

Nazareno —Pequeño Bartolo, ¿que te han hecho?

Bartolo —Blasfemo...

Nazareno —El cardenal te condenó a ser su perro guardián por tus acciones, pero mejor era la prisión, te lo aseguro.

Bartolo —*con una voz chillona* —Bevilaquaaaaaaa...

Nazareno —Tú no has hecho nada malo, Bartolito, solo amaste a esa hermosa bruja, y el amor no es pecado.

Bartolo —Milena... me salivaba la joroba con su segunda lengua...

Nazareno —¿Que placer mas grande que tu amada te bese la joroba?

Bartolo —Es pecado... Jesucito no tenia joroba...

Nazareno —Te han lavado el cerebro, todo lo que dice el Cardenal es mentira, Jesús sintió placer.

Bartolo —¡No! El amo dice que Jesucito nunca sintió placer. Murió por nosotros. El dolor y la culpa es lo que nos salvara. —*mientras se pega una mano con la otra* —¡Malo Bartolo, malo! ¡Perdón! Gracias.

Nazareno —¿Acaso Jesús no comió pan y vino con sus apóstoles?

Bartolo —Para después morir....

Nazareno —¿No crees que disfrute ese pan recién salido del horno...?

Entra el Cardenal.

Bartolo —*mientras se lame una mano* —Mmmm...

Cardenal Bevilaqua —¿Qué demonios está sucediendo aquí?

Bartolo —*con una voz chillona* —Bevilaquaaaaaaa...

Cardenal Bevilaqua —¡Bartolo! ¿Que te ha dicho este blasfemo?

Bartolo —Nada, mi amo.

Cardenal le pega con la fusta. Bartolo le gruñe.

Cardenal Bevilaqua —Dime engendro del demonio, dime lo que te dijo.

Bartolo —Nada, mi amo, nada —*mientras se pega una mano con la otra* —¡Malo

Bartolo, malo! ¡Perdón! Gracias.

Cardenal le pega nuevamente, Bartolo le gruñe y ladra.

Cardenal Bevilaqua —¡Dime o te ahorcaré de los genitales otra vez!

Bartolo se agarra sus genitales y pega un chillido porcino.

Bartolo —*con una voz chillona* —Bevilaquaaaaaaa...

Cardenal Bevilaqua —*pegándole nuevamente* —¡Dime, maldito deforme! ¡¿Qué fue lo que te dijo?!

Bartolo —Que a Jesucito el gustaba el pancito calentito...

Cardenal Bevilaqua —¡Oh! ¡Satanás! ¡Ahora arderás en el infierno! Bartolo, ábrele la camisa para purificarlo con cera caliente.

Bartolo le abre la camisa, el cardenal busca una vela del Atril. Vuelve decidido a tirarle la cera en el pecho y ve los pectorales de Nazareno.

Cardenal Bevilaqua —¡Oh! ¡Otra vez no, belcebú! Dios todo poderoso saca estas imágenes de lujuria de mi mente.

Nazareno —¿Le gusta la carne cardenal?

Cardenal Bevilaqua —¡Calla, hereje! ¡Bartolo, ayudame que estoy entrando en pecado!
¡Corrígeme, Bartolo, Corrígeme!

Bartolo se lanza sobre la pierna el Cardenal y lo muerde. El cardenal grita.

Cardenal Bevilaqua —Listo, Bartolo.

Bartolo lo sigue mordiendo con furia y no lo suelta.

Cardenal Bevilaqua —*le pega con la fusta* —¡Basta, deforme! ¡Ya fue suficiente!

Bartolo corre apichonado sobre un rincón y llora como un perro.

Nazareno —Ni usted, el gran inquisidor, el temible Cardenal Bevilaqua, puede escapar de los placeres y deseos de la carne, porque somos humanos.

Cardenal Bevilaqua —¡Calla satanás! Nadie está más arriba que la ley de nuestro señor Jesucristo. Yo sé que está mal lo que hago, por eso tengo a Bartolo, para corregirme cual cilicio y reprimir mis asquerosos impulsos. Tu, en cambio, no te arrepientes y por eso eres un pecador.

Nazareno —La ley de Jesucristo no es la que usas, sino la tuya, maldito Cardenal.

Cardenal Bevilaqua —¡Basta de dialécticas! Bartolo, dame el cuaderno de los pecados cometidos por este ser abominable, los leeré y tu darás azote en su espalda por cada uno de ellos.

Bartolo —Si, amo.

El cardenal trata de apartar la vista del pecho de Nazareno, pero es mas fuerte que él.

Bartolo saca su cuaderno y se lo da.

Cardenal Bevilaqua —Sácale la camisa, Bartolo.

Bartolo le saca la camisa. Nazareno queda en cuero.

Cardenal Bevilaqua —¡Oh, Dios mío, ¿por qué me hacés esto?!

Bartolo —Le gusta la carnita al amo.

Cardenal Bevilaqua —¡Calla, demonio!

Bartolo —*con una voz chillona* —Bevilaquaaaaaaa...

Cardenal Bevilaqua —*dándole la fusta* —Toma la fusta y por cada pecado que lea azota sin reparos.

Bartolo —Si, amo.

Cardenal Bevilaqua —Nazareno amaneció, estiró sus brazos y lo disfrutó. Jesús, jamás se desperezó. ¡Pecado!

Bartolo —*dándole un azote a Nazareno* —¡Pescado!

Nazareno grita sensual. El Cardenal se estremece.

Cardenal Bevilaqua —¡Oh, Madre Santa!

Sigue leyendo.

Cardenal Bevilaqua —Nazareno sintió placer al sacarse una piedrita de sus sandalias . A Jesús jamás le sucedió algo semejante. ¡Pecado!

Bartolo —*dándole un azote a Nazareno* —¡Pescado!

Nazareno grita sensual. El Cardenal se estremece más, se acalora, se agarra de las paredes.

Cardenal Bevilaqua —¡Oh, Espíritu santo! Mira, Bartolo, mira como la sangre se entremezcla con el sudor de su hermosa espalda. ¡Va de retro, Satanás!

Bartolo —*con una voz chillona* —Bevilaquaaaaaaa...

Sigue leyendo.

Cardenal Bevilaqua —Nazareno tocó el agua tibia de la tina, y dijo "Ay que lindo". Jesús jamás conjugó esas tres palabras. ¡Pecado!

Bartolo —*dándole un azote a Nazareno* —¡Pescado!

Nazareno grita sensual. El Cardenal cae de rodillas.

Cardenal Bevilaqua —¡Oh, que placer demoníaco! ¡Perdoname, señor!

Nazareno —Yo soy el camino la verdad y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí.

Cardenal Bevilaqua —Bartolo, ahí tienes la sangre para que te deleites, yo me comeré el sudor de su cuello.

Bartolo —Gracias, amo.

Bartolo comienza a lamerle la sangre de sus espalda, El Cardenal comienza a lamerle el cuello. Nazareno disfruta al compás de los dos. Los tres gimen/gruñen simultáneamente.

Nazareno —*con voz serena, casi divina* —Este es mi cuerpo, comed de él. Esta es mi sangre, bebed de ella. Haced esto en memoria mía.

Los tres continúan en el acto grotesco, ahora ritualizado, casi sagrado. Luz cenital sobre Nazareno, que sonríe con los ojos cerrados. Fundido a negro mientras se oyen los gemidos/lametaos que se funden en un cántico gregoriano distorsionado.